

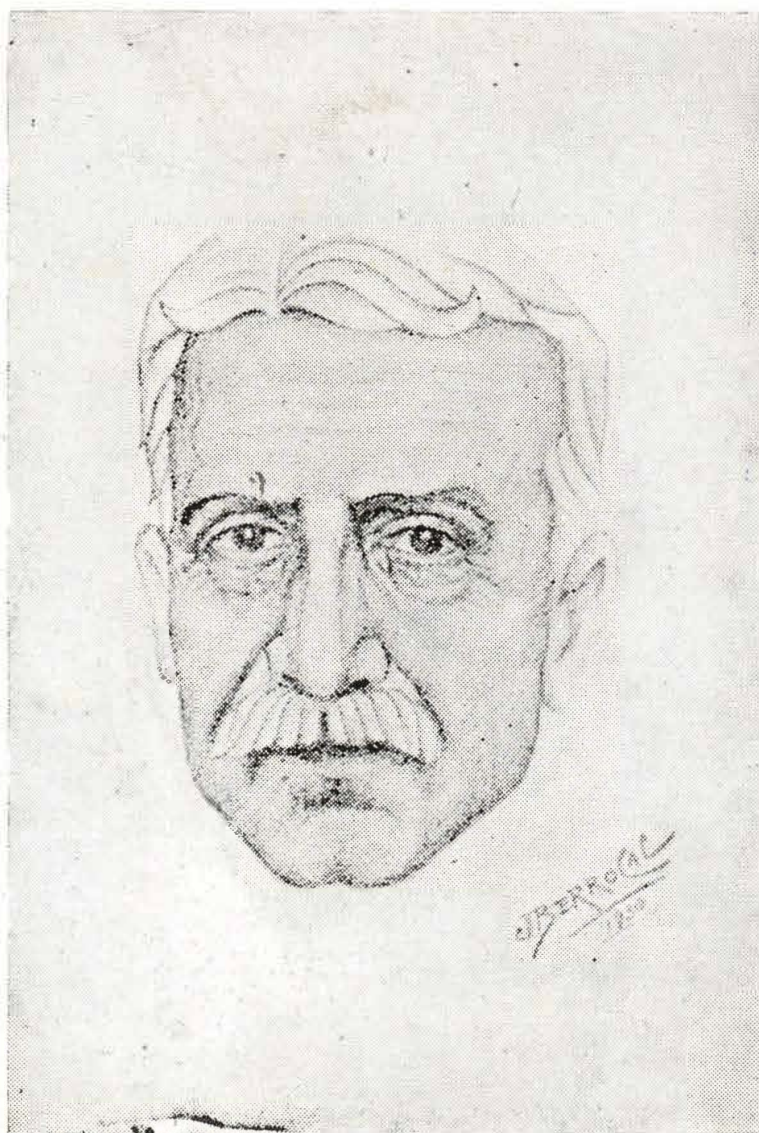
H O M E N A J E A D O N
A U G U S T O B . L E G U Í A

TEXTO ÍNTEGRO DEL DISCURSO DEL

DR. ALBERTO SALOMÓN

EN LIMA EL 19 DE FEBRERO DE 1940

Sr. AUGUSTO B. LEGUIA



En este notable dibujo a pluma de J. Berrocal destaca el artista con vigorosos trazos las huellas dejadas en la noble fisonomía del Presidente Leguía por la labor agotadora y, acaso también, por el sufrimiento.



Dr. ALBERTO SALOMON

UNMSM-CEDOC

EXPLICACIÓN DE ESTE FOLLETO

EL PARTIDO DEMOCRÁTICO REFORMISTA REALIZÓ EL 19 DE FEBRERO DE 1940, ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DEL SEÑOR AUGUSTO B. LEGUÍA, UNA SESIÓN SOLEMNE DESTINADA A CONMEMORAR ESA FECHA. EL DISCURSO DE ORDEN ESTUVO A CARGO DEL Dr. ALBERTO SALOMÓN.

PERSONAS QUE NO PUDIERON ESCUCHAR ESTE DISCURSO NI TAMPOCO LEERLO PORQUE LOS DIARIOS DE MAYOR CIRCULACIÓN NO LO INSERTARON, HAN MANIFESTADO INTERÉS POR CONOCERLO. ELLO EXPLICA LA APARICIÓN DEL PRESENTE FOLLETO QUE SE IMPRIME EN UNA EDICIÓN ECONÓMICA PARA QUE PUEDA ESTAR AL ALCANCE DEL MAYOR NÚMERO POSIBLE DE SIMPATIZANTES DEL MANDATARIO DESAPARECIDO A QUIEN SUS CONCIUDADANOS RECUERDAN CADA DÍA CON MAYOR AFECTO Y RECONOCIMIENTO.

Señoras y señores:

El hombre extraordinario, de perfiles inconfundibles, que fué durante un cuarto de siglo el más fuerte animador y sostén de nuestra democracia, demandaría, para su rememoración adecuada, la palabra de un tribuno eminente. Pero, sin duda, al designármese para ser yo, desprovisto de toda elocuencia, quien haga oír mi voz en este día memorable, se ha tenido en cuenta los vínculos que me unieron al señor Leguía, de una amistad correspondida que duró muchos años y a la cual permanezco fiel después de su muerte.

Me propongo daros algunas de las notas que conservo en mi memoria sobre la personalidad de nuestro esclarecido jefe, sin pretender profundizar en lo más hondo de su obra ni llegar a las proyecciones que ella alcanzó. Os demando vuestra benevolencia para escucharme durante un rato, y, antes de entrar en materia, os ruego que me permitáis explicaros cómo conocí al señor Leguía y cómo se arraigó mi adhesión a su persona.

En mis primeros años de abogado, con motivo de un juicio sobre un seguro, se divisó la conveniencia de terminar el diferendo por medio de arbitraje. Tanto la Compañía como mi parte tenían conocimiento de la capacidad del señor Leguía y fue la persona en quien se pensó para que desempeñara el rol de árbitro. Con este motivo tuve que hablar con él y quedé sorprendido de la facilidad con que absorbía la materia en disputa y de su acierto para precisar las dificultades que se habían presentado. No fué menester que se realizara el arbitraje, pero no olvidé a quien me causó tan buena impresión y algún tiempo después, al encontrarme casualmente con él en un tren que iba a Chosica, pude admirar una vez más sus observaciones acertadas y concluyentes y me formé el concepto de que el señor Leguía era psicólogo y un pensador.

Un distinguido amigo mío, que lo era del señor Leguía, con frecuencia me describía sus cualidades y especialmente su inteligencia. Estos elogios en labios de un hombre de talento superior me causaban fuerte impresión. Hacia el año 1910 tuvo este amigo la gentileza de sugerirme que ingresase a la política, en la que yo no había tomado parte sino cuando era estudiante en los días de la adolescencia y de la primera juventud. Visité entonces al Presidente. Sus frases amables me cautivaron y me pareció que si me incorporaba a la Cámara de Diputados, me sería muy grata la relación con un hombre de tan exquisita personalidad. Todos mis ahorros fueron consumidos en la campaña electoral. Tuve que hacer varios viajes a la provincia, dar conferencias en los distritos, ponerme en contacto inmediato con los contribuyentes y electores, y como premio a estos esfuerzos obtuve una elección canónica. Desencadenada una fuerte oposición en la Cámara juzgué de mi deber defender la recta política del señor Leguía. Después de una sesión memorable el señor Leguía me llamó a Palacio y me agradeció con frase calurosa mi modesto concurso. Desde ese momento quedó sellada nuestra amistad.

Bien pronto me dí cuenta de que formaba parte de una agrupación cuya base fundamental tenía que ser abnegación y sacrificio por el bien público, de los que nos daba constante ejemplo el hombre eminente a quien hoy recordamos; y así, en el curso de los años, en una ocasión en que, al dirigirme al Parlamento, fuí herido en la cabeza, atento a mi deber, no dejé de concurrir a la sesión aunque tuve que hacerlo en la camilla en que fuí colocado. Más tarde renuncié la Cartera que por un tiempo había desempeñado para aceptar un modesto cargo de Asesor de nuestra Comisión Plebiscitaria en Arica y estar en aptitud de trabajar, casi en el anonimato, por el restablecimiento de la justicia denegada por el Arbitro Americano a nuestros gestores en Washington. Desde el triunfo obtenido en Arica, después de una batalla de la que sólo podrán tener una idea exacta quienes en ella tomaron parte, no volví a tener ninguna figuración, pero me mantuve fiel a las disciplinas de nuestro partido.

Al producirse los hechos que trajeron el cambio del régimen, yo no estaba en el Perú, Regresé a Lima la misma noche del 24 de agosto y, aunque acudí al Palacio de Gobierno, no me fué posible llegar hasta nuestro jefe para ofrecerle mi simpatía personal en esos históricos momentos. Una hoja que circuló en aquellos días publicó una calumniosa imputación contra el ex-Presidente. Me apresu-

ré a desmentirla, aunque ello causó contrariedad a los que por entonces estaban empeñados en mistificar la opinión pública.

Después de este pequeño preámbulo, que una vez más os ruego disculpar, paso a daros las notas ofrecidas.

En este día de recordación y que fué siempre de alegría para los nuestros, he considerado que lo más apropiado es que os hable del aspecto humano de la personalidad de nuestro prócer. Y como ha dejado el mundo de los vivos, aunque resplandece en el de la inmortalidad, pueden mis labios hacer también justicieras referencias de sus obras, sin el temor de ser mal interpretado.

Ya hicieron oír su voz en esta tribuna eminentes oradores como los doctores Clemente Palma, Emilio Sayán y Palacios, Luis Ernesto Denegri, Ricardo Maguiña, Raúl Rey y Lama. Julio Ego Aguirre, Luis Felipe Paz Soldán, Felipe Chueca, Teodosio Cabada y algún otro cuyo nombre se me escapa y por lo cual pido perdón, que han tratado, con versación y elocuencia, notables aspectos del gobierno del señor Leguía. Séame permitido a mí acentuar en las palabras que os voy a dirigir la parte humana de nuestro héroe.

En el trato continuo con él me iba dando cuenta, cada día más, de su naturaleza profundamente simpatizante con la desgracia. Él, cuya inteligencia privilegiada nadie puede dejar de reconocer; él que interpretaba con facilidad increíble lo que se le exponía; dueño, al mismo tiempo de una energía avasalladora, una voluntad de hierro y un optimismo incomparable; era, ante todo y sobre todo, un sér profundamente humano y, por eso, se torna más incomprensible el trato y fin que le dieron sus crueles enemigos.

Para Leguía nadie era malo en esencia. Aunque advertía de inmediato las deficiencias de las personas que caían bajo su observación, muy rara vez exteriorizaba adversas impresiones. En cambio, descubría en seguida en sus interlocutores virtudes o cualidades que escapaban a la generalidad y se complacía en hacerlas resaltar. Ese sentimiento intensamente comprensivo y, por lo tanto, profundamente humano, le ganaba luego las más sinceras simpatías. Aunque era severo para calificar no las equivocaciones o los errores propios del sér humano, sino las faltas o infracciones de la ley, cuando llegaba el momento de aplicar el castigo el Presidente Leguía lo pensaba dos veces. En otras oportunidades, en que las autoridades habían tenido que tomar medidas para evitar el estallido de una conspiración o para detener el curso de ésta, algu-

na de las personas comprendidas entre las sospechosas se valía de un amigo para que se le dejara libre. El Presidente accedía invariablemente. Más bien alguno de sus Ministros se resistía, pero él estaba pronto a dar garantías a quien las pidiera, y lo único que exigía era la promesa de que no trastornaría el orden público. Igual cosa sucedía cuando un exilado quería regresar al país. El Presidente jamás le negaba el permiso.

Otro aspecto de su psicología extraordinariamente comprensiva y humana era el de no guardar rencor a sus enemigos. Si reflexionaban y querían dejar de serlo, él les abría los brazos, pero no por interés político sino por el más elevado de una sincera reconciliación. Y hubo entre ellos nobles ciudadanos que llegaron a figurar entre sus mejores y más devotos amigos.

La indigencia de la más numerosa clase social le inspiraba seria preocupación. Donde Leguía veía el dolor y el sufrimiento trataba de aliviarlos y se afanaba por asegurar la subsistencia de las familias necesitadas.

Con frecuencia combinaba sus decretos de mejoramiento de los servicios públicos con el alivio de las clases menos favorecidas. Bastará recordar la creación de las Celadoras Escolares que dió ocupación a número considerable de señoras que por carecer de título profesional no podían ingresar al magisterio. Y esa medida tuvo también la eficacia de hacer aumentar considerablemente la concurrencia del alumnado.

Su placer era intenso ante el progreso y el bienestar de la mujer y, recordando infinitos ejemplos, se complacía en relieves la abnegación de la mujer peruana. Siempre que había alguna disputa matrimonial, su simpatía estaba del lado del débil, de la mujer, siendo menester que el derecho del hombre fuera muy claro para que él se resignase a admitir que no era la mujer quien tenía la razón.

Practicaba la caridad a manos llenas y ningún menesteroso que con él conversaba se alejaba sin haber recibido un auxilio; pero nunca hablaba de ello. Como cumplido caballero guardaba bajo siete l'aves los secretos que su posición le permitía conocer. De sus acciones generosas se sabía por las referencias de los beneficiados. Cuántos más que no hab'aron serían también favorecidos!

Cuando había varios postulantes para un puesto, entre los cuales era dudosa la elección por tratarse de personas dignas todas de merecerlo, no vacilaba en dar la preferencia a quien era padre de nu-

merosa familia. Cuando un empleado sufría enfermedad que le obligase a hospitalizarse, el Presidente no solamente accedía al adelanto de sueldo, sino que generalmente le concedía un auxilio extraordinario para sus gastos de curación. "Mientras no tengamos — decía — una legislación adecuada para atender a estas necesidades, el Estado está en la obligación de satisfacerlas".

Practicaba la caridad no solamente con los hechos materiales y el auxilio pecuniario sino también con palabras de aliento y hasta con miradas confortadoras en ciertas circunstancias. Así, cuando en su presencia ocurría algún hecho que pudiera atraer ridículo sobre su autor, Leguía, lejos de asociarse a las burlas, manifestaba en seguida su simpatía por quien se encontraba en difícil situación. Más de una vez en los concursos que tenían lugar en su presencia, sin perjuicio de felicitar a los vencedores, decía palabras de aliento y de confortación a los que no habían podido obtener el lauro. Y las decía en forma tal y con tanta fineza que realmente constituían un consuelo para el vencido.

Por los maestros tenía especial predilección. Soñaba con el mejoramiento de sus haberes como efectivamente llegó a realizarlo, aunque no en la medida de su deseo.

Su principal afán al desarrollar la capacidad productiva del país era el de poder aumentar con ello el bienestar de los necesitados. No le preocupaba la suerte de los ricos, por más que nunca hirió sus intereses respetando el derecho de cada uno y no saliéndose jamás de los cánones legales. Pero eran los pobres y los que pasaban dificultades quienes eran objeto preferente de sus desvelos. Cuántas gentes lloraban en su presencia! A cuántos consolaba! Y después de una de esas jornadas en que había estado en contacto inmediato con la desgracia, si él había podido aliviarla, solía decir que se sentía como regenerado.

Vivía para los otros, olvidándose de sí mismo hasta en los detalles concernientes a su persona. Antes de llegar a la Presidencia había sido un modelo de elegancia en el vestir. Muchos años hacía que tenía uno de los mejores sastres de Londres. Pero desde que entró al Palacio de Gobierno, no se preocupó más de ese detalle y en los años no se mandó hacer una sola pieza de vestir. Esos trajes con que Uds. lo veían, eran los mismos que había usado durante su estadía en Londres. Conociendo su sencillez y al amparo de la amistad que me dispensaba, quise, con ocasión de un viaje mío a Europa, traerle como obsequio un vestido. In-

formado de la dirección de su antiguo sastre, fuí a visitarlo. —¿Cómo está Su Excelencia, el Presidente?—me preguntó el jefe de la firma. Le dije que bien. —Hace tantos años — continuó — que no oímos de él. Y le ordené un traje como los que él usaba. Sus medidas no habían cambiado. Tuvo el privilegio de conservar siempre la misma forma de su cuerpo por la moderación de sus hábitos. Bien sabéis que jamás se excedía en los alimentos y como era laborioso y activo los tejidos adiposos nunca llegaron a deformar su noble esqueleto. Traje a Lima el vestido y se lo entregué. Me lo agradeció, pero no se puso el vestido. Casi un año después, al llegar yo a la Tribuna, en una de las reuniones hípicas, algunas señoras decían como una novedad y que, en efecto, lo era: “el Presidente ha estrenado un vestido”. Creo que fué la única vez que se puso ese traje. Siguió usando los antiguos, gastados por la acción del tiempo, pero siempre irreprochables por su limpieza y a los que daba prestigio su aristocrática figura. Las alumnas de un colegio le recomendaban su ropa interior, porque este Presidente vilipendiado y calumniado usaba ropa remendada por no gastar en su persona lo que podía servirle para ejercer la caridad.

A pesar de las grandes obras de carácter material que llevó a cabo para impulsar el progreso y operar la transformación de este país que había vivido hasta su época, prácticamente, en una modorra colonial, Leguía daba importancia decisiva a las tareas del espíritu. “El espíritu, decía, está sobre la materia y la domina. Las grandes obras espirituales son precursoras unas veces y otras complemento de las materiales”.

Apreciador del talento y de la cultura donde quiera que se manifestasen, era el primero en tributar su aplauso caluroso al mérito de los intelectuales. Con frecuencia se le oía decir que ningún placer podía haber sido más grande que el de un Mecenaz. Simpatizaba especialmente con los artistas. Parecía que había intuido las luchas y dificultades que tienen que afrontar. A nuestro gran bardo, a Chocano, le profesaba la más sincera admiración “Es un genio de inspiración” decía, y escuchaba con profunda atención las largas estrofas del Poema a Bolívar, que el bardo recitaba con voz uniforme ante el agrado Presidente. “Los poetas, decía, merecen ser tratados de manera especial porque no viven en el mundo de la realidad sino de los ensueños y no debemos frustrarles sus ilusiones y esperanzas”. Igual admiración sentía por los pintores, por

los escultores, por los arquitectos. ¡Cuánto apreció a Castillo, a Hernández, a Sabogal, a Agurto, a Piqueras Cotoí, a Pró, a Sahut, a Raúl María!

También era un admirador de los buenos cultores de nuestro idioma. Estoy seguro de que su ingreso a la Academia de la Lengua fué una de sus más puras alegrías. Se enorgullecía de la constelación de nuestros grandes escritores, de Ricardo Palma, de González Prada, de los Cisneros, de Castro Oyanguren, de Riva Agüero, de los García Calderón, de Gutiérrez de Quintanilla. Se complacía de las cartas bien escritas considerándolas como verdaderas obras literarias y alguna vez lo inclinó más a acceder a lo solicitado en ellas el noble estilo en que estaban redactadas.

No tenía ninguna otra distracción que la de sus caballos, cultivada desde la juventud; y de la misma manera que se resistía a censurar los defectos de los seres humanos y se complacía en alabar sus virtudes, también a los caballos les reconocía calidades y características y con criterio sagaz quería que se les utilizase de acuerdo con ellas.

Su liberalidad y desprendimiento, también cualidades del lado humano del señor Leguía, se podían observar en el juego. Muy rara vez en los años de su Presidencia se sentaba a una mesa de póquer; pero en Londres yo lo acompañaba algunas veces a una partida con dos caballeros ingleses que habían vivido en América del Sur y con un distinguido caballero boliviano. Ignorante yo del juego no podía seguirlo en sus peripecias, pero un amigo del señor Leguía, que también nos acompañaba, se insinuaba con él para ir a medias, lo que aceptaba el Sr. Leguía de muy buen humor. En verdad jugaba mejor que sus compañeros y por eso varias veces tomaba cartas para jugar contra él mismo, cosa que no agradaba al socio silencioso que observaba la partida y quien, por lo bajo, me decía: "el Sr. Leguía es muy desprendido, yo no haría eso". Al terminar la partida el señor Leguía dividía sus ganancias con el señor a que me refiero.

El domingo, su casa, con su habitual hospitalidad, se abría para recibir a las personas que querían visitarlo y allí almorzaban con él peruanos y algunos sudamericanos. Nunca hacía discriminación para acoger a cualquier compatriota que por Londres pasaba aunque no hubiera sido su amigo o aunque hubiera sido uno de sus adversarios y con exquisito tacto jamás sus palabras hacían traslucir nada que en alguna forma pudiese herir la susceptibilidad del

visitante. Ese trato excelente era otra de las características de la naturaleza profundamente humana de este hombre singular.

En suma, Leguía poseía todas las condiciones de un apóstol y se le hubiera tenido por un santo si las luchas de que era objeto no lo obligaron a reaccionar con energía para contener a sus tenaces enemigos.

No temía a la muerte, de lo cual mil pruebas tenía dadas, y alguna vez le oí decir que con una buena conciencia y una póliza de seguro para los nuestros, no se debe abrigar temor alguno.

Llenaba sus deberes religiosos con profunda devoción y era un admirador sincero de los predicadores eclesiásticos. En Londres en el año 1918 solía acompañarlo a oír la misa de 12 en una Iglesia de esa ciudad, en la que nunca dejaba de hacer oír su palabra un orador sagrado. Don Augusto la escuchaba con profunda atención y después de la misa cuando dábamos un paseo por el parque comentaba esos sermones considerándolos como lecciones de sabiduría.

Una de las cosas sorprendentes de nuestro ilustre amigo era su dedicación al trabajo. Para él no existía realmente el descanso. Salvo los momentos que pasaba en la mesa en compañía de su familia y de sus amigos y breves expansiones después de los alimentos, volvía a entregarse al trabajo con la misma consagración con que lo hacía en las horas normales. Aun después del teatro cuando excepcionalmente concurría a las funciones a que era invitado, se dedicaba a leer algún expediente o suscribir documentos pendientes de su firma. Algunas veces me decía sonriente: "¿quiere usted ayudarme a sacar del Purgatorio algunas almas que esperan mi firma?" Se refería especialmente a las resoluciones para atender a servidores del Estado o a viudas o deudos de servidores públicos. Esta irresistible inclinación al trabajo y esta bondad para ayudar a los demás me conmovía y siempre pensé que sus conciudadanos tendrían que reconocerle sus merecimientos.

Su amor a Lima, a esta ciudad de misterio y de encanto, era ilimitado y con frecuencia decía: "ninguna ciudad de Sud América tiene las posibilidades de Lima para convertirse otra vez en la metrópoli Sud-Americana" Concebía a la ciudad extendiéndose desde el Callao hasta Chosica y desde Ancón hasta la Herradura. "Cuando las gentes que viven en climas duros se den cuenta de la bondad del nuestro, Lima será la Meca de los turistas; pero tenemos que prepararla para que nadie eche nada de menos en confort e higiene". Sus obras de saneamiento, con las que comenzó su tarea,

estaban encaminadas a eso. Consideraba que preservar y mejorar la salud de los habitantes era capital deber de un gobernante. Quería dar fin a los rezagos antihigiénicos de los tiempos coloniales y educar a nuestros compatriotas, comenzando por los aborígenes, para que todos lleguen a disfrutar de un alto coeficiente de civilización y bienestar.

No concebía que sólo un grupo limitado pudiese vivir en la opulencia mientras que el resto de la comunidad seguía sufriendo en la escasez y en la desesperanza. Quería sinceramente la redención de nuestros olvidados compatriotas de las regiones andinas por medio de la instrucción y educación. Uno de sus pensamientos favoritos era el de multiplicar las escuelas formando la conciencia de nuestra nacionalidad mediante la elevación intelectual y moral de sus componentes. Antes de dejar el poder creó las Escuelas Normales para indígenas y lleno de fe patriótica manifestó su confianza de que con ellas se conseguiría la rehabilitación de nuestros aborígenes.

Por las medidas que dictó para incrementar la producción de artículos alimenticios, las del trigo y del arroz llegaron a alcanzar cifras considerables en el año 29, lo cual representó una menor importación y descapitalización de más de siete millones de soles.

Ya había conseguido aumentar la población, multiplicar los productos, abrir vías de comunicación, hacer grandes obras de irrigación, venciendo, como él decía, la resistencia granítica de los Andes, y todo ello trabajando perseverantemente todo el tiempo de su vida por la patria, para que se realizase el prodigio de su grandeza, la esperanza más grata que alentaba su corazón y que él pensaba que sería la realidad que habrían de vivir las nuevas generaciones, más libres a medida que fueran siendo más prósperas.

Para beneficio de las clases modestas, el señor Leguía fundó con un capital de 15 millones de soles, suscrito y pagado por el gobierno con los fondos que obtuvo del Tratado celebrado con Chile, la Caja Nacional de Ahorros.

Las obras del Terminal que han transformado el puerto del Callao que antes figuraba en la lista negra y cuya realización se debió a su tenacidad y a su visión de estadista, obedecieron igualmente al plan de aumentar la capacidad productiva del país.

¿Quién puede dudar de las ventajas que representó el convenio de transacción con la Peruvian Corporation, en virtud del cual el Gobierno recuperó el dominio absoluto de todo el guano de las Islas y se libertó de la obligación de pagar la anualidad de 80 mil li-

bras esterlinas durante 8 años y medio y recibió, además, al contado, 247 mil libras esterlinas en cambio de la renuncia a las problemáticas expectativas sobre los viejos ferrocarriles que la Peruvian usufructuaba?

Ni un solo año dejó de preocuparse de encontrar solución para el problema de la industria siderúrgica nacional e inició el Ferrocarril a la zona de Huayday con el anhelo de que la explotación de esos yacimientos pudiera por lo pronto satisfacer el consumo nacional preparando la explotación en grande escala en el porvenir. Atento a este problema constataba que los trabajos hechos por la comisión siderúrgica en Marcona y en la Huaca demostraban la existencia por lo menos de 200 millones de toneladas de mineral con más de 60% de hierro.

En 1929 la producción minera alcanzó a 368 millones de soles, cifra antes desconocida.

Por el conjunto de estas medidas sagaces y previsoras, las rentas nacionales se triplicaron, pues de 5 millones de libras en 1919 llegaron a más de 14 millones de libras en 1930; y para obtener estos resultados no tuvo necesidad, como él decía, de agobiar al pueblo con contribuciones indirectas habiéndole bastado crear impuestos que antes no existían, cobrarlos preferentemente a los que habían gozado privilegios de excepción y, sobre todo, le bastó desarrollar la producción agrícola, minera, industrial y fomentar el comercio. Como él lo dijo: "no he seguido la absurda política de alimentar un tesoro pobre a expensas de un pueblo escuálido sino la de nutrirlo, vigorizando primero el organismo económico de la Nación". Y esos mayores ingresos se aplicaron a fines de instrucción, de mejoramiento de los servicios de guerra, marina y aviación, de servicios de agricultura y ganadería, de alumbrado, de obras públicas, de vías de comunicación, de inmigración y colonización de la montaña.

Las sumas provenientes de los empréstitos se dedicaron íntegramente a los servicios que requerían ingentes capitales para su desarrollo, como las irrigaciones, realidad destinada "a dar al Perú el encanto de una nueva vida y la seguridad de una formidable riqueza"; como los caminos "cuya construcción comunicó entre sí las tres secciones del territorio dando a todos la conciencia del Perú que posee por igual la riqueza de las Selvas que fecundan ríos que parecen océanos, la riqueza de las Sierras en cuyas extensas planicies apacientan numerosos rebaños y las riquezas de la Costa cuyos desiertos están en vías de transformarse, al contacto del agua, en tierras de pro-

misión"; como las obras de saneamiento "que han fundado, rehecho o modernizado nuestras ciudades despertándolas a la vida del progreso y de la civilización"; y, por último, como las obras portuarias "llamadas a convertir al Callao en uno de los grandes puertos del mundo capaz de satisfacer las necesidades más amplias del comercio".

Con optimismo inquebrantable el señor Leguía sostenía la necesidad de las obras de irrigación, demostrando que, además de un beneficio colectivo, significaban un lucrativo negocio para el Estado, y combatía las objeciones suscitadas por el interés privado de que la irrigación desmejoraría, por la competencia, el valor de los latifundios.

Sus esfuerzos por la irrigación tendían no sólo a ganar las tierras para el cultivo sino al mejoramiento del regadío en los valles de la Costa, y su afán era dar oportunidad a los pequeños propietarios para obtener beneficios y vender sus productos en forma que les permitiera obtener para sí la mayor parte del margen entre el costo normal de producción y el precio legítimo en un mercado libre de oferta y demanda. El creía que sólo mediante la irrigación estaríamos en condiciones de aplicar los principios de justicia social al aprovechamiento de la tierra y de las aguas, sin recurrir a ninguna medida revolucionaria.

Entre el Imperial, La Chira y Sechura se irrigaron 24,156 hectáreas y en la Esperanza 10,000 más. El gasto sólo excedió de un millón de libras, pero implicó una capitalización de Lp. 3.500.000. La irrigación de Olmos iba a permitir cultivar 140,000 hectáreas de terrenos fértiles y habiéndose calculado el gasto en 5 millones de libras, sólo por concepto de venta el Estado debía obtener 14 millones de libras, a cuya suma hay que agregar los derechos de exportación de los productos, el impuesto territorial y la contribución de tan enorme caudal de riqueza al progreso y bienestar generales. En suma, el señor Leguía estaba en camino de resolver el problema agrario.

Pero saturado de optimismo, además de irrigar la árida Costa del Perú, quería cruzar de caminos y ferrocarriles nuestra Sierra y dominar los bosques milenarios de la Montaña.

Ya en 1929 se habían hecho más de 18,000 km. de carreteras en tráfico, con un costo de más de 10 millones de libras. También se habían construido cerca de 1,500 km. de nuevas líneas ferrovia-

rias. Se habían construído igualmente 257 puentes y se hallaban en trabajo 70 más.

En las obras de saneamiento se habían colocado más de un millón de metros lineales de tuberías para la dotación de agua potable y 1/4 de millón de metros lineales para desagüe.

Las obras de pavimentación de las ciudades llegaron casi a dos millones de m². Se construyeron y repararon más de 60 edificios públicos. Se hicieron centenares de avenidas y parques y para atender las necesidades de todas las circunscripciones del territorio se ejecutaron más de 350 obras públicas. La última urbanización fué la de Santa Beatriz, barrio moderno de gran atracción en que una extensa superficie de más de un millón de metros cuadrados vendidos en lotes, se pusieron al alcance hasta de los bolsillos más modestos. Siguiendo el ejemplo del Gobierno, se iniciaron muchas urbanizaciones particulares y con los beneficios obtenidos se emprendió la construcción de casas para obreros.

Las cifras del comercio de exportación e importación, que no cesaron en su crecimiento durante la administración del señor Leguía, preludiaban nuestra grandeza futura. El constataba que en 1915 su volumen total era de 14 millones de libras; que en 1919 llegó a 39 millones; en 1924 a 43 millones y en 1930 a más de 52 millones de libras peruanas, con un saldo en este último año, a favor de las exportaciones, de 145 millones de soles.

Pero no se crea, ahora, a través de la proyección del tiempo, que el señor Leguía tuvo la fortuna de verse libre del mal de que sufrieron otros de sus predecesores, o sea, de los trastornadores del orden público. Desde el primer año de su administración se refería en sus mensajes a diversos intentos para derribar al gobierno. Constantemente hacía elogios de la lealtad del Ejército, cuya disciplina se mantuvo siempre inalterable. Convencido de que el orden era la más sólida base de progreso del país, no omitió cuidado para conservarlo. Alguna vez, lleno de orgullo patriótico, manifestó que el principio de autoridad, el cumplimiento de las leyes y el respeto de las instituciones, eran una realidad halagadora y que, a su amparo, una paz creadora y fecunda, abría ilimitados horizontes para el trabajo. Pero lo cierto es que sólo en el año 1928, a raíz de la solución del problema peruano-chileno, puede decirse que la tranquilidad fué completa.

Sin embargo, el optimismo del Presidente se mantuvo inalterable y de año en año aumentaba su confianza en el porvenir de

la Patria. Regocijábale que hubiésemos ganado en riqueza y en aptitud para el trabajo, capitalizando un mayor caudal de fe y esperanza.

En 1926 se placía de que el éxito de su gobierno se tradujese en el orden internacional por el triunfo de Arica; en el orden político, por el mantenimiento de la paz pública, por el impulso dado a la enseñanza y el apoyo concedido a los maestros; en el financiero, por el crecimiento de los recursos fiscales, el mejoramiento de nuestro crédito y la capitalización del territorio; en la defensa nacional, por el adelanto de nuestras escuelas de marina y militar, la construcción de una base naval y la adquisición de submarinos; en el de la riqueza pública, por la mayor producción de las materias del subsuelo, el progreso de la irrigación y la protección del indio, transformado en hombre libre.

En 1928 destacaba la reforma de nuestras Universidades llevada a cabo con el interés exclusivo de servir a la juventud estudiosa que debía vivir — palabras suyas, — “menos para la teoría y más para la acción”.

En 1929, lleno de satisfacción patriótica, sentía que el Perú que se estaba forjando era como el Lázaro que sale victorioso de su sepulcro.

Con palabra profética decía en su último mensaje al Congreso que el adelanto del país continuaba en forma tan sugestiva que nadie podía dudar de hallarse en un período de resurgimiento tal que sólo los pasados desórdenes podrían detener.

Y no llegó a alterarse el optimismo de este hombre extraordinario. Ni la crisis interna, ni la crisis mundial lograron conmovirlo. Tenía un punto de vista: el engrandecimiento nacional, y hacia él dirigía persistentemente sus esfuerzos. Sus pensamientos nunca se apartaron de ese ideal. Su corazón parecía latir únicamente por la Patria y para la Patria. Sintién dose agente encargado por el Destino para la realización de la grandeza nacional, se esforzaba por corresponder a esta misión, aunque su fortaleza física iba disminuyendo de día en día. No es que los años lo abrumasen, pero las intensas satisfacciones del espíritu por los progresos realizados tanto desde el punto de vista material como moral, no alcanzaban a evitar el decaimiento de sus fuerzas físicas y el intenso desgaste que una vida de sacrificio tenía que causar.

Recuerdo que una vez le insinué que necesitaba descanso. Se sonrió y me dijo: “¿para qué?, estoy acostumbrado al trabajo y

en él he de morir". Otras veces, con su humorismo de todo momento, me contestaba: "como el famoso hidalgo de la Mancha, mi descanso es el pelear". No había remedio. Su destino estaba trazado. Se dió al pueblo. Tendría que morir también por el pueblo. Su fin es digno de la epopeya. Como están aún tan recientes sus nobles hechos, sus altas virtudes ciudadanas que son como montañas que se yerguen ante nuestros ojos y estrechan y cierran nuestro horizonte visual, no nos es posible formarnos una idea exacta, en detalle y en conjunto, de su obra. Será menester que pase nuestra actualidad para que las proyecciones del tiempo ensanchen la perspectiva y sea posible captar en toda su amplitud las proporciones de la obra realizada por el Presidente Leguía.

Los que a su lado estuvieron prestándole colaboración valiosa y eficaz como la mayor parte de los aquí presentes o en más modesto rol, como el que habla, debemos a su ejemplo de resolución y de perseverancia y al estímulo que diera a los hombres que le ayudaban, el que cada día aumentase la capacidad de ellos para el trabajo y que en largos años de colaboración llegase a formarse una clase de hombres preparados para las diversas funciones públicas. Hace pocos días, al acompañar los restos del doctor Fernández Dávila, observaba yo, con íntima complacencia, que al toque de llamada para estar al lado de nuestro querido correligionario, había acudido un numeroso concurso de los nuestros y fijando en ellos la mirada constataba todo lo que esos hombres representan en el campo de las más selectas actividades nacionales; y aunque dominado por el sentimiento de la pérdida de uno de ellos, tenía el consuelo de que quedaban en pie muchos otros dignos como él y preparados para continuar la tarea.

Estoy seguro de que nuestro gran desaparecido, desde las regiones de la inmortalidad, sólo espera de nosotros que prosigamos en esa misma línea de sacrificio y devoción al bien público de que él nos dió tan elocuente ejemplo; que sigamos sosteniendo los principios por los que él luchó y murió: el bien de los más, la redención de la nacionalidad, la grandeza del país. El no espera de nosotros ninguna reacción de pasiones o rencores sino que seamos fieles también al principio de la concordia nacional que él preconizó toda su vida, y que no vacilemos en sostener esta política con la misma lealtad con que lo hicimos antes.

El país ha reanudado su vida democrática bajo la égida de un estadista inspirado en altos ideales y sanos principios regeneradores.

Es grato constatar que el nuevo Presidente, con eficientes consejeros, cumple las promesas que formuló de candidato, pues se está devolviendo las garantías que algunos ciudadanos solicitaban y se va restableciendo al país a su normalidad jurídica. Por otra parte la sencillez democrática con que este Jefe del Estado se presenta ante sus conciudadanos, su afable continente, su constante naturalidad, propias de un "gentleman", ganan las simpatías de todos, desde los más encumbrados hasta los más humildes; pero lo que seguramente el país ve con más viva satisfacción es que tenemos en el Dr. Prado a un mandatario laboriosísimo, que no desatiende ningún asunto, que no escatima su presencia en las ceremonias en que su persona y su palabra constituyen un estímulo para la mejor realización de los fines de las instituciones que lo solicitan y que, merced a su espíritu metódico y organizador, en poco tiempo ha dado ya un impulso considerable a las funciones de la Administración.

Preservando nuestra posición de Partido con considerable fuerza de opinión, nos cumple seguir apoyando a ese patriota gobernante, atentos a la realización de la obra de justicia y de bienestar social trazadas en su programa y que está ejecutando con visible acierto.

Yo no puedo creer que quede en el Perú ningún hombre de buena fe que no reconozca la obra realizada por el señor Leguía, cuyo mérito se agiganta por las dificultades que tuvo que vencer. La paz de que hoy se disfruta, la armonía en que vivimos con nuestros vecinos, el prestigio que alcanzamos en el extranjero, la elevación de nuestro crédito que por primera vez en nuestra historia nos permitió obtener empréstitos sin garantías específicas con la simple firma del Estado, crédito que se mantuvo incólume hasta el año 1930 por el escrupuloso servicio, con los recursos ordinarios del Presupuesto, de las obligaciones contraídas; el desarrollo de un plan integral, genialmente concebido, para la transformación de un país incipiente en una gran nación; la formación de una conciencia colectiva de pueblo con ideales definidos; el mejoramiento de los elementos integrantes de la nacionalidad, sin excepción alguna, pues durante el gobierno del señor Leguía todos los negocios prosperaron y todas las actividades se desarrollaron a su máximo; los ricos se hicieron más ricos, los pobres dejaron de serlo, el pueblo llevó una existencia de holgura, la clase media, la más digna de consideración y respeto por su volumen y por el descuido en que se la había tenido, adquirió posición de bienestar debido a las medidas sa-

gaces y justicieras dictadas en su provecho; la solícita atención a las necesidades de la Defensa Nacional, elevándose también los haberes del Ejército, de la Marina y de la Aviación; la mejor remuneración de nuestra Magistratura y de nuestro Magisterio; la transformación de nuestra vieja ciudad colonial en una metrópoli moderna, con amplias avenidas y hermosos parques y jardines; la higienización de todos los centros poblados; el saneamiento del Perú entero; los caminos asfaltados que por primera vez se hacían en nuestro país; la celebración decorosa de nuestros Centenarios; la forma tan digna como el señor Leguía representaba al Perú en su sitial de Jefe del Estado y, sin hacer una catalogación prolija porque por donde quiera que se dirija la mirada se encuentra una huella definida de su acción reformadora y eficiente, todo lo que su cerebro prodigioso concibió y realizó; todo eso, aunado a la vida de sacrificio y abnegación que tuvo que imponerse para alcanzar tan estupendas realizaciones, ningún peruano, ningún hombre de bien pueden dejar de sentirlo y de reconocerlo, dedicando a Leguía en sus corazones un homenaje de gratitud,—inmenso pedestal sobre el cual se levanta ya un monumento más sólido y más inmovible que si fuera de mármol y que por todas las generaciones por venir irá creciendo a medida que el trascurso del tiempo acabe de limpiar el ambiente nacional de las impurezas de pasiones y rencores, hasta que se proyecte sobre el horizonte de la Patria como la figura cumbre de nuestra historia.

Señores:

Para una digna rememoración del señor Leguía nada mejor que trabajar con fe y perseverancia por la realización de los ideales que nos legó y que nos agrupan como entidad política. Demos gracias a la Providencia por que, después de un período de prueba, vuelve a encaminarse el Perú por los amplios y rectos senderos de la democracia.

Lima, 19 de febrero de 1940.

